

11. LOS HELENISTAS

El libro de los Hechos de los Apóstoles ha reservado, junto a las secciones dedicadas a Pedro y otra, la más extensa, a Pablo, un tercer bloque relativo a los helenistas (Hechos 9,31 – 11,18). No son bloques del todo independientes porque los hechos de una sección se intercalan en otra: en la sección dedicada a los helenistas se han introducido los relatos de la conversión de Pablo y de la misión de Pedro.

La presentación de los “helenistas” sigue a la mención de “las quejas, γογγυσμός (“murmuración”), de los discípulos de lengua griega contra los de lengua hebrea, porque en el servicio diario no se atendía a sus viudas” (Hechos 6,1). Es un dato que choca con el cuadro idílico de la comunidad, en la que todo era de todos y, por tanto, igual para todos, pues todo se decidía de común acuerdo. Mientras que los Apóstoles habían sido elegidos por Jesús o, al menos, por una señal de lo alto (Matías), los encargados de resolver el conflicto son designados por la “asamblea” de los discípulos (literalmente, “la multitud”, τὸ πλῆθος; Hechos 6,2-3; “a toda la multitud”, 6,5). De los siete elegidos por la comunidad destacan Esteban, que parece dejar en segundo lugar la actividad misionera de Pedro ante los judíos, y Felipe, al que se le atribuye la predicación a los samaritanos, así como la conversión y bautismo del ministro etíope. De los otros cinco se ha conservado únicamente el nombre, si bien del último de la lista, Nicolás, se dice que era “prosélito de Antioquía”. El dato tiene su importancia porque la llegada de la misión cristiana a “Fenicia, Chipre y Antioquía” (Hechos 8,19), a raíz de la persecución provocada por la actividad de Esteban, es el final de la sección reservada a los helenistas. De esta forma la sección del libro de los Hechos, que empieza por los helenistas se cierra con la aparición de los “cristianos” en Antioquía (Hechos 11,26).

En la elección de los diáconos se da un fenómeno que se repetirá con frecuencia en la historia de la Iglesia: elegidos para el servicio social en favor de los marginados, se transforman casi inmediatamente en predicadores de quienes viven más desahogadamente. El discurso de Esteban es el más largo de todos los que recoge el libro de los Hechos 7,2-53. Tiene espacio para dar una versión propia – quizá la oficial cristiana en aquellos primeros años – de la historia bíblica: Abrahán, Moisés y los Profetas. Recontar la historia fundacional es propio de los movimientos que buscan una renovación.

La presencia de judíos de origen y expresión griega en Jerusalén explicaría la existencia de una “sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia” (Hechos 6,9). No se explica bien por qué en la ciudad de Jerusalén, en la que todo, culto y vida, giraba en torno al Templo, existía una sinagoga. Se ha encontrado la inscripción de una sinagoga fundada por un tal Teódoto, hijo de Vettenu, para los judíos provenientes del extranjero, ἀπὸ τῆς ξένης; pero no se sabe con seguridad la fecha de

construcción. En los escritos rabínicos se menciona también la sinagoga de los Alejandrinos y la de los Tarsianos (¿o artesanos?).

Son helenistas los que en primer lugar se enfrentan a Esteban, acusándole de lenguaje blasfemo contra Moisés y contra Dios. Esta acusación recuerda la dirigida contra Jesús ante el Sanedrín (Mateo 26,63-65). En el discurso de Esteban aparece un rechazo del Templo, que contrasta con la actitud más positiva de la comunidad cristiana en los primeros tiempos. Enfrentándose al Templo, Esteban iba también directamente contra una de las razones por la cual numerosos judíos ricos abandonaban las naciones donde habían rehecho sus vidas para buscar en la proximidad del Templo de Jerusalén no solamente la expresión genuina de su devoción sino además un lugar escogido para su sepultura.

La acusación ante el Sanedrín se formula en términos precisos: “Este individuo no para de hablar contra el lugar santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés” (Hechos 6,13-14). El reto sobre la destrucción del Templo fue causa principal contra Jesús (Marcos 14,58). Tanto en el caso de Jesús como ahora contra Esteban se recurrió a testigos falsos (Marcos 14,57: “daban falso testimonio”; Hechos 6,13: “presentando testigos falsos”). Contra Jesús no fue suficiente esa acusación, y se optó por provocar la blasfemia (Marcos 14,61-64). En el caso de Esteban sus jueces le dejan que exponga ampliamente su opinión sobre el Templo.

El cuadro de la comunidad primitiva de Jerusalén pierde sus tonos de pacífica unanimidad. Los murmullos de protesta por la desatención a la viudas del grupo helenista provocaron la elección de diáconos también helenistas, de origen o de lengua griega. Es posible que la comunidad de bienes tan alabada se practicara únicamente dentro del grupo de conversos cristianos provenientes del judaísmo, “los de lengua hebrea” (Hechos 6,1). Se reconoce la existencia en Jerusalén de dos grupos, si no enfrentados, al menos bien distintos. Y no solamente por la diversidad de procedencia y de lengua, sino además por la diferencia respecto de algunas creencias centrales del judaísmo.

Sacando a relucir las amenazas de Jesús contra el Templo, el discurso de Esteban abría para los seguidores de Jesús una brecha que los alejaba del judaísmo. Tanto que hasta el discurso confunde el lugar comprado por Abrahán para sepultura de los patriarcas, Siquén en lugar de Hebrón (Hechos 7,16). Para justificar el valor relativo del Templo, se recuerda la morada de Dios en la tienda de reunión durante la marcha por el desierto (Hechos 7,44-45).

La ejecución de Esteban se describe con la mirada vuelta hacia la predicción del triunfo de Jesús, “sentado a la derecha del poder de Dios” (Lucas 22,69). Antes de morir, Esteban ve efectivamente “al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios” (Hechos 7,56). Esteban reproduce también la oración final de Jesús al entregar su espíritu (Hechos 7,59 y

Lucas 23,46) y al pedir perdón para sus verdugos (Hechos 7,60 y Lucas 23,34). Si bien la condena de Esteban se realizó ante el Sanedrín, con un proceso legal, la muerte por lapidación como castigo de la blasfemia (Levítico 24,11-16) se produjo más bien por un impulso furioso de la multitud.

La participación de Pablo, “el perseguidor”, en la ejecución de Esteban (Hechos 7,58; 8,1-3) introduce el relato de la primera gran persecución, que provocó la dispersión de “todos” los creyentes “menos los apóstoles” (Hechos 8,1). Es un dato algo llamativo porque en general la represión de un movimiento rebelde busca en primer lugar suprimir a los dirigentes. Se comprende, si imaginamos que el grupo “hebreo”, presidido por Pedro, Juan y los apóstoles antiguos, no cultivó una oposición tan frontal al judaísmo dueño del Templo de Jerusalén, mientras que los “helenistas”, cuyo representante de mayor relieve había sido Esteban, insistieron en la desvalorización del Templo tal como había enseñado Jesús. Al comenzar la difusión del evangelio fuera de Jerusalén debido a la dispersión de los helenistas, los apóstoles seguían en Jerusalén (Hechos 8,14). En torno a ellos se mantuvo una comunidad judeo-cristiana que hará valer su influjo cuando surja el conflicto con la práctica liberal de Pablo respecto de las obligaciones de los convertidos directamente sin pasar por el judaísmo (Gálatas 2,12; Hechos 21,15-24).

Felipe, el segundo diácono de la lista, a continuación de Esteban, aprovechó la dispersión a que les obligaron los perseguidores para llevar el evangelio a Samaría (Hechos 8,4-5). No está claro si se trata de la ciudad o de la región. La ciudad de Samaría era la capital reconstruida por Herodes que le dio el nombre de Sebaste (“augusta”, título común de muchas poblaciones en el área del Imperio), al dedicársela al Emperador Augusto. Era una ciudad helenística habitada por una población en gran parte no judía. La región, aunque unida políticamente con Judea, tenía sus propias escrituras y su propio lugar de culto en el monte Garizim. Originalmente la región estuvo habitada por emigrantes de Mesopotamia y de Siria forzados a establecerse en el territorio del que habían sido expulsados en el siglo VIII a.C. las poblaciones del antiguo reino de Israel.

El evangelio recuerda la aproximación de Jesús a esta población despreciada por los judíos, que pretendían insultar a Jesús llamándole “samaritano” (Juan 8,48). El rechazo judío de los samaritanos se manifiesta en la orden que el discurso apostólico atribuye a Jesús: “no vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaría” (Mateo 10,5). Sin embargo Lucas destacará el gesto del “buen samaritano” (10,30-35) y del samaritano leproso, único que volvió a dar gracias a Jesús (17,16). Más claro aún sobre la importancia del grupo samaritano en la iglesia naciente es el largo diálogo de Jesús con “una mujer de Samaría” (Juan 4,5-42).

La tarea de Felipe tuvo que ser posteriormente completada con la intervención de Pedro y Juan para comunicar el Espíritu a los recién convertidos. Llama la atención este

defecto por el hecho de que los predicadores helenistas sobresalían precisamente por actuar “llenos del Espíritu”, que se hacía presente a través de signos y milagros (Hechos 8,6-7). Es posible que la intervención posterior de apóstoles más cualificados para comunicar el Espíritu refleje una dificultad inesperada en la experiencia del Espíritu, la cual normalmente se hacía sentir desde el momento de la conversión e incluso en ocasiones precedía a la aceptación por fe del mensaje evangélico. La necesidad de completar la obra de Felipe reflejaría una reserva en el entusiasmo carismático que en principio acompañaba la celebración de la fe cristiana desde el bautismo.

En Samaría Pedro se encontró con Simón Mago. El mártir san Justino (110-168) recuerda que Simón tenía su círculo de adoradores, que lo consideraban como dios, “potencia de Dios, llamada la Grande” (Hechos 8,10). El episodio puede aludir al riesgo que corrían los predicadores cristianos de verse confundidos o también manipulados por los charlatanes religiosos que no faltaban en aquellos tiempos. El diácono desaparece de la escena como cediendo protagonismo a las autoridades apostólicas, que de esa forma ejercían control sobre la obra de la evangelización.

Pero Felipe vuelve a presentarse de manera sorprendente siguiendo la indicación de “un ángel del Señor” que le ordena ir hacia el Sur “por el camino que va de Jerusalén a Gaza” (Hechos 8,26). El procedimiento recuerda la leyenda del profeta Elías, por el detalle – folklórico – de los traslados por los aires como llevado por la fuerza del espíritu. Felipe tiene la oportunidad de comunicar el mensaje del evangelio a un personaje que, siendo eunuco, no podía recibir el signo de la circuncisión ni ser admitido a la oración común en el Templo. Aunque el término hebreo para eunuco, *saris*, podría indicar el oficio de supervisor de palacio, al añadir el segundo título, “oficial”, *δυναστής*, deja el primer calificativo en su propio valor. La combinación de un defecto físico y un oficio de rango elevado no es inusual en la literatura antigua. Por su limitación, sólo podría cumplir sus deseos piadosos en el atrio de los gentiles. De esta forma Felipe iba a demostrar la apertura universalista del evangelio frente al Templo de Jerusalén. Al oponerse a la apertura anunciada por Isaías (56,3-5), el Templo dejaba de ser “casa de oración para todas las naciones” (Isaías 56,7), .

Que aquel primer converso fuera etíope demuestra que efectivamente iba a cumplirse el encargo de llevar el evangelio “a Samaría y hasta el confín de la tierra” (Hechos 1,8). Para los escritores y geógrafos antiguos, como Estrabón, Etiopía estaba en el límite extremo de la tierra o del Imperio Romano. De esta forma Felipe se adelanta a Pedro, que dio el gran paso de abrir la iglesia a los no judíos y a Pablo, el apóstol de los gentiles por antonomasia . Felipe, “arrebatado” por el Espíritu, se traslada a Azoto, la moderna Ashdod, y se establece en Cesarea donde hospedará a Pablo cuando vaya de viaje por última vez a Jerusalén (Hechos 21,8).